

## XVII.

Yo mi saludo con amor te envío,  
 Misteriosa ciudad altiva y grande  
 Que al dulce sér que mi memoria adora  
 No hace mucho en tus muros encerraste.

Hablad, torres y puertas y murallas:  
 ¿En dónde está la que mi amor prefiere?  
 A vosotras dejéla confiada,  
 A vosotras os toca responderme.

No sois culpables, torres y murallas,  
 Que dejar no podíais vuestro sitio  
 Cuando la amada eterna de mi vida  
 Con su equipaje abandonó el recinto.

Sí; de las puertas fué la culpa entera,  
 Que partir la miraron en silencio,  
 Y que abiertas de asombro y de sorpresa  
 La hermosa loca que escapaba vieron.

## XVIII

El camino de otras veces  
 Otra vez la misma senda,  
 Otra vez cruzo por calles  
 Que mi memoria recuerda.  
 Regreso de aquella casa  
 Donde vivió mi hechicera,  
 Hoy abandonada y triste  
 Como noche sin estrellas.

¡Qué pavimento tan duro!  
 ¡Qué calles, ay, tan estrechas!  
 Me parece que las cas:s  
 Mi cuerpo aplastar desean,  
 Y apresurado me aparto  
 Para escapar con viveza.

## XIX.

A la estancia llegué donde ella un día  
Juró ser fiel á mi cariño siempre:  
Allí donde sus lágrimas corrieron  
Miré arrastrarse venenosas sierpes.

---

## XX.

Es silenciosa la noche,  
Están las calles en calma:  
Esta es la mansión hermosa  
Donde vivió mi adorada:  
Mucho tiempo hace que ella,  
La ciudad abandonara,  
Pero su casa en el mismo  
Lugar misterioso se alza.

¡Es extraño! de pie un hombre  
Hay delante de la casa;  
Sumerge en el ancho cielo  
Sus expresivas miradas,  
Y con amargos trasportes  
Retuerce sus manos flacas.  
Yo mirándolo suspiro;  
Ante la luz argentada  
De la luna, que del cielo  
Surca las azules playas,

Que yo soy aquella sombra,  
Ha conocido mi alma.

¡Sonámbulo compañero!  
¡Triste espectro! ¡sombra pálida!  
¿Por qué imitas de tal modo  
Las hondas penas amargas  
Que tantas y tantas noches  
En horas desventuradas  
En estos mismos lugares  
Mi corazón desgarraran?

## XXI.

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila  
Sabiendo que yo aún vivo?  
Mi cólera dormida se despierta  
Y destrozar mi yugo necesito.

¿Oíste alguna vez la canción vieja?  
Era un amante muerto;  
El buscó á media noche á su adorada,  
Y la arrastró á su tumba torvo y fiero.

Créeme, niña del semblante hermoso,  
Hermoso cual ninguno,  
Aun vivo y soy más fuerte que entre todos,  
Todos los muertos juntos.

## XXII.

La niña duerme tranquila  
 Y en su habitación descansa;  
 Vierte la serena luna  
 Melancólicas miradas,  
 Y afuera entretanto suenan  
 Ecos de voces que cantan,  
 Y aires de valsos ligeros  
 Y melodías y danzas.

Por conocer á los músicos  
 Yo me asomo á la ventana;  
 Un esqueleto es quien toca  
 El violín, y quien danza.  
 «Bailar conmigo no ha mucho  
 Me prometiste, mi amada;  
 Ha pasado mucho tiempo  
 Y has faltado á tu palabra.  
 Esta noche se celebran  
 En el cementerio danzas;  
 Ven y danzaremos juntos,  
 Ven ;mi bien! que nos aguardan.»

Un espantable deseo  
 A la hermosa niña embarga,  
 Y de su mansión segura  
 Le hace salir desalada.  
 Al amarillo esqueleto  
 Sigue que delante marcha,  
 Y con contorsiones hórridas  
 Toca el violín y danza.

Toca el violín sonoro,  
 Canta loco, ríe y salta,  
 Y crujen sus blancos huesos  
 Con un sonido que espanta.  
 Y aquí y allá saludando  
 Con reverencias forzadas,  
 Se inclina su cráneo blanco  
 Que la luna solitaria  
 Ilumina con sus luces  
 Melancólicas y heladas.

## XXIII.

Sumergido y abismado  
 En mis locas fantasías  
 Su retrato contemplaba,  
 Y ví que el rostro adorado  
 Como en ya perdidos días  
 A moverse comenzaba.

Sobre sus labios de rosa  
 Fulguró aquella sonrisa  
 Que ahuyentaba mis enojos,  
 Y brillante y temblorosa  
 Una lágrima indecisa  
 De dolor brilló en sus ojos.

Yo también en mi amargura  
 Siento que copioso llanto  
 Mi semblante enflaquecido  
 Baña con triste dulzura;  
 «Yo no puedo, cielo santo,  
 Creer que ya te he perdido.»

## XXIV.

Atlas desventurado, un mundo de dolores  
 Tocóme en mi desdicha sobre mi sér llevar.  
 Yo llevo lo que nadie llevar sobre sí puede;  
 Mi corazón palpita, ya próximo á estallar.

¡Oh corazón, de orgullo y de miseria henchido.  
 ¡Tú mismo lo quisiste, feliz quisiste ser!  
 ¡Feliz como ninguno, ó cual ninguno triste;  
 Y hoy la miseria misma llora tu pena al ver!

## XXV.

Soñaba yo: la luna sus fulgores  
 Tristes vertía sobre la ancha tierra:  
 Los astros fulguraban tristemente,  
 Y de mi sueño envuelto en las quimeras,  
 A la ciudad llegué, donde muy lejos  
 De mi amada trascurre la existencia.

Y mi sueño á su casa me conduce:  
 El mármol bajo yo de la escalera;  
 Piedras que tantas veces han sentido  
 De su pequeño pie la dulce huella,  
 Y el roce tembloroso de los bordes  
 De su vestido de crujierte seda.

Era la noche larga y triste y fría;  
 Frías también estaban ¡ay! las piedras,  
 Y en la ventana vi lucir, cual dulce  
 Divina aparición que el alma espera,  
 Por la luz de la luna iluminado,  
 El pálido semblante de mi bella.

## XXVI.

¿Qué quieres? ¿Qué pretendes,  
 Oh silenciosa lágrima  
 De mis antiguas penas  
 Sobre mis tristes ojos olvidada?

Tuviste dulce coro  
 De brillantes hermanas,  
 Que entre el viento y la noche  
 Huyeron con mis dichas no logradas.

Hasta mi amor dichoso  
 Huyó cual leve ráfaga.  
 Disípate á tu vez sobre mis ojos,  
 Melancólica lágrima.

---

## XXVII.

La luna melancólica de otoño  
Del seno de las nubes se levanta;  
Al lado del sencillo cementerio  
La mansión del pastor tranquila se alza.

La madre lee la Biblia; el hijo, en tanto,  
En la trémula luz los ojos clava,  
Y la hermana mayor duerme en su asiento;  
La más joven murmura estas palabras:

—«¡Oh Dios, qué aburrimiento! aquí es preciso,  
Si algo nuevo han de ver nuestras miradas,  
Que alguien sucumba y que á enterrarlo vengan!»—  
Sin dejar de leer, la madre exclama:

—«Te equivocas; tan sólo han muerto cuatro  
Después que, por mi mal, en hora infausta  
Murió tu pobre padre y le enterraron  
Del cementerio próximo á la entrada.»—

La hija mayor bosteza:—«Yo no quiero  
De hambre espirar rendida en esta casa.  
Mañana iré casa del joven conde;  
Es rico y bello y en amor se inflama.»—

De los labios del hijo brota entonces  
Estridente y sonora carcajada:  
—«Conozco—dice—yo tres cazadores  
Que beben con frecuencia en la posada;  
Oro saben hacer, y su secreto  
Me enseñarán cuando á buscarles vaya.»—

La madre con furor le arroja el libro,  
Que veloz va á chocar contra su cara,  
Y dice:—«¡Condenado! ¿Ser pretendes  
Un ladrón de la selva abandonada?»—

Entonces escucharon secos golpes  
Lúgubres resonar en las ventanas,  
Y una mano miraron misteriosa  
Que al firmamento oscuro señalaba.

Era el pastor difunto, el padre muerto,  
Cubierto de la túnica enlutada  
Con que en lejano tiempo á los creyentes  
La virtud y la dicha predicara.

## XXVIII.

Es el tiempo áspero y duro;  
 Silba el viento, y llueve y nieva;  
 En la ventana sentado  
 Miro atento las tinieblas.

Veo brillar solitaria  
 Una luz que marcha lenta:  
 Es una mujer anciana  
 Que cruza por la calleja,  
 Alumbrando su camino  
 Con la luz de su linterna.

Creo que de comprar viene  
 Huevos y leche y manreca,  
 Y hacer un pastel desea  
 Para su hija hermosa enferma.

La hija entretanto en la casa  
 A la amada madre espera,

Y sobre un sillón sentada  
 Melancólica contempla  
 Con ojos medio cerrados  
 La luz que vibrando tiembla,  
 Mientras que los bucles de oro  
 De su rubia cabellera  
 A su pálido semblante  
 Animado marco prestan.



## XXIX.

Crean que estoy muy afligido  
Y que de amor moriré;  
Al final, yo, como todos,  
Lo comienzo ya á creer.

Niña de los grandes ojos,  
Te lo dije veces cien,  
Te adoro de tal manera,  
Mi pasión tan grande es,  
Que pintarte yo no puedo  
Lo que en mi alma siento arder.

Pero es cuando yo estoy solo  
Cuando habla así mi altivez;  
Cuando estoy en tu presencia  
Mudo reposa mi sér.

Mi boca entonces cerraban  
Angeles malos; tal vez

Por culpa de ángeles buenos  
Y malos, mi pena fué.  
Buenos y malos me hicieron  
Tan desventurado sér.

## XXX.

Tus blancos dedos de lirio  
 Besar otra vez quisiera,  
 Contra mi pecho oprimirlos,  
 Y de mis delirios presa,  
 Derramando dulces lágrimas  
 Ver espirar mi existencia.

Tus grandes ojos azules,  
 Animadas violetas,  
 De día y noche; brillantes  
 Mis tristes ojos contemplan.  
 ¡Eso mi desdicha labra!  
 ¡Eso mi vida atormenta!  
 ¿Qué significan, bien mío?  
 ¿Qué significan, mi bella,  
 Esos enigmas azules  
 Que ante mi sér se despliegan?

---

## XXXI.

Los dos se amaban, mas ninguno quiso  
 Confesar á su amante su pasión,  
 Y cual dos enemigos se miraban,  
 Cercanos ambos á morir de amor.

Al fin se separaron; ya tan sólo  
 Alguna vez veíanse en sus sueños;  
 Mucho tiempo después murieron ambos,  
 Y apenas si ellos mismos lo supieron.

---

## XXXII.

Amigos, cuando un día  
Os referí mis penas,  
Callasteis sin decirme, de consuelo,  
Una frase siquiera.

Mas cuando lindas coplas,  
Versos de formas bellas,  
Hice con mis dolores, me colmasteis  
De elogios y alabanzas lisonjeras.

---

## XXXIII.

Al diablo evoqué, y el diablo  
Fiel á la cita acudió;  
Algo sentí ante su vista  
Que oprimió mi corazón.  
No es horrible y no cojea;  
Es un hombre encantador;  
Jovial, cortés, distinguido,  
De grata conversación.  
Diplomático acabado,  
Con halagadora voz  
Sobre el Estado y la Iglesia  
Habla bien y sin pasión.  
Su rostro está un poco pálido,  
Pero no me sorprendió:  
Estudia el sanskrito y Hégel,  
Y su poeta es Klopstok.  
No quiere mezclarse en críticas,  
Y para siempre dejó  
A Hécate, su noble abuela,

Esta enojosa misión.  
Mis estudios de derecho  
Alabó con raro ardor;  
El mismo, según me dijo,  
Siendo joven lo estudió.  
Dijome que no veía  
En mi amistad gran valor;  
Y al decirlo saludaba  
Con cortés inclinación.  
Después, con dulce sonrisa,  
Atento me preguntó  
Si nos habíamos visto  
Otra vez cerca los dos  
En los salones acaso  
Del Delegado español.  
Y en verdad, cuando más cerca  
Vi su semblante traidor,  
Un antiguo conocido  
En él mi mente encontró.

---

## XXXIV.

No te burles del diablo. Nuestra vida  
Es muy corta, y la eterna  
Condenación del alma no es tan sólo  
Una vulgar quimera.

Hombre, cuenta tus deudas, que la vida  
Es muy larga, y dinero,  
Como ya lo tomaste tantas veces,  
Aun otras muchas tomarás á rédito.

---

## XXXV.

Los tres Magos, monarcas del Oriente,  
Preguntaban llegando á cada pueblo:  
Decid, niñas y mozos, ¿dónde se halla  
De Bethlem el sendero?

Ninguno lo sabía,  
Ni jóvenes ni viejos.  
Y seguían su marcha: los guiaba  
De un astro hermoso el resplandor sereno.

Sobre la casa de José la estrella  
Detúvose, y entraron en silencio;  
Baló el buey, lloró el niño, y los Monarcas  
Cantaron con dulcísimos acentos.

## XXXVI.

Niña mía, éramos niños  
Juguetones y traviosos,  
Y jugando revolvíamos  
La paja del gallinero.

Y «quiquiriquí» cantábamos,  
Y tomaba el pasajero  
Por la ronca voz del gallo  
Nuestro juguetón acento.

Del corral las viejas jaulas  
Cubrimos con paños nuevos,  
Que quedaran convertidas  
Así en salones inmensos,  
Y allí dimos reuniones  
Llenas de lujo soberbio.

La vieja gata vecina  
Llegaba con paso lento;

Y nosotros recibíendola  
 Con corteses cumplimientos,  
 Por su salud preguntábamos  
 Con ceremonioso afecto.  
 ¡Cuántas veces en el mundo  
 Después, y pasando el tiempo,  
 Con alguna vieja gata  
 Otro tanto no hemos hecho!

Después sentados hablábamos  
 Como personas de seso,  
 Ó nos quejábamos tristes  
 Con acento plañidero.  
 ¡Cuánto mejor, niña mía,  
 Era aquel dichoso tiempo!

Fe, amor, lealtad, ¡del mundo  
 Cuán veloces, ay, huyeron!  
 ¡Cuán caro el café hoy se vende!  
 ¡Qué raro es hoy el dinero!

Pasó ya la infancia hermosa;  
 Todo lo arrebató el tiempo,  
 Amor, mundo y esperanza  
 Y lealtad y dinero.

## XXXVII.

Está mi pecho oprimido,  
 Y mi mente, que vacía,  
 Piensa triste y silenciosa  
 En mis ya pasadas dichas.  
 ¡Qué bello el mundo era entonces,  
 Y qué agradable la vida!

Hoy, ¡qué desorden! ¡qué ruido!  
 ¡Qué confusión! ¡qué anarquía!  
 Dios en la celeste altura  
 Murió tras larga agonía,  
 Y muerto yace el demonio  
 En esta tierra maldita.

Todo está embrollado y frío,  
 Todo tristeza respira;  
 Sin el germen amoroso  
 Que aun en nuestro pecho anida,

Nada, á no dudarlo, nada  
En el mundo quedaría  
Donde reposar un punto  
Pudiera el alma tranquila.

## XXXVIII.

¡Cómo el crespón de las nubes  
La blanca luna atraviesa!  
Así desde el fondo oscuro  
De mis recuerdos se eleva  
Deslumbrante, ante mis ojos,  
Una mujer hechicera.

Sentados en el castillo  
De una embarcación ligera,  
Navegamos Rhin abajo,  
Y del río las riberas  
Que el estío engalanara  
Brillan á la luz postrera  
Del sol, que al ganar las cumbres  
De luces claras las llena.

Sentado estoy pensativo  
A las plantas de una bella;  
Sobre su semblante pálido